



ESTHER

SAFRAN

FOER

*Unas memorias*

*del Holocausto*

TODAVÍA

SEGUIMOS

AQUÍ

PAIDÓS

**ESTHER SAFRAN FOER**

# **TODAVÍA SEGUIMOS AQUÍ**

---

Unas memorias del Holocausto

Traducción de Pablo Hermida Lazcano

**PAIDÓS Contextos**

Título original: *I Want You to Know We're Still Here*, de Esther Safran Foer  
Publicado originalmente en inglés por Tim Duggan Books, un sello editorial  
de Random House, una división de Penguin Random House LLC

1.<sup>a</sup> edición, noviembre de 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Esther Safran Foer, 2020  
© de la traducción, Pablo Hermida Lazcano, 2020  
© de todas las ediciones en castellano,  
Editorial Planeta, S. A., 2020  
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona, España  
[www.paidos.com](http://www.paidos.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Fotografía en página 16 de Matt Goldenber. El resto de fotografías incluidas en esta obra forman parte del archivo de la autora.

ISBN 978-84-493-3722-2  
Fotocomposición: Realización Planeta  
Depósito legal: B. 14.826-2020

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Impreso en España – *Printed in Spain*

## CAPÍTULO

# 1

Mi certificado de nacimiento dice que nací el 8 de septiembre de 1946 en Ziegenhain, Alemania. La fecha es incorrecta, la ciudad es incorrecta, el país es incorrecto. Tardaría años en comprender por qué mi padre había falsificado ese documento. Por qué cada año mi madre entraba en mi habitación el 17 de marzo, me daba un beso y susurraba: «Feliz cumpleaños».

La reconstrucción de los fragmentos de mi historia familiar ha sido una tarea de toda una vida. Pertenezco al linaje de los supervivientes del Holocausto, lo cual, por definición, implica una historia trágica y complicada. Mi infancia estaba repleta de silencios interrumpidos por ocasionales revelaciones espeluznantes. Comprendí que había muchas cosas que ignoraba, amén del secreto de mi nacimiento inventado. Mis padres eran reticentes a hablar del pasado y yo aprendí a maniobrar alrededor de los asuntos escabrosos.

A mis cuarenta y pocos años, mientras me preparaba para dar una charla en una sinagoga local, decidí que aquella podía ser una buena oportunidad para colmar unas cuantas lagunas de la historia de nuestra familia. Me senté con mi madre en la cocina rosa de su casa de los suburbios de 1950, en una calle donde la mayoría

de las casas estaban ocupadas por familias de supervivientes del Holocausto. Sentada a la mesa de la cocina de laminado de imitación de mármol, veía los cupones cuidadosamente recortados y clasificados en pilas bien ordenadas junto a la nevera, preparados para la siguiente compra. En el armario inferior había harina y cereales comprados en oferta en cantidad suficiente para resistir una gran catástrofe.

Comencé con unas cuantas preguntas sobre mi padre y sus experiencias durante la guerra. Había sido un enigma, un personaje mercurial en torno al cual giraban todas las conversaciones, incluso en mi cabeza. Mi madre bebió un sorbo de su adorado café instantáneo y mencionó de pasada que mi padre había estado en un gueto con su mujer y su hija. Estaba en un destacamento de trabajo cuando ambas fueron asesinadas por los nazis. Absolutamente aturdida, salté: «¿Tenía una esposa y una hija? ¿Por qué nunca me lo habías dicho? ¿Cómo puedes contármelo ahora por primera vez?».

Yo había crecido rodeada de fantasmas, perseguida por parientes de los que rara vez se hablaba y por las historias que nadie contaba. Ahora aparecía un nuevo fantasma del que ni siquiera tenía noticia: mi propia hermana. Le insistí a mi madre para que continuara, pero ella dejó claro que la conversación había terminado. *Genug shoyen*. «Ya basta.» No estoy segura de cuánto sabía ella misma sobre su familia; sospechaba que mi padre y ella no hablaban mucho del pasado, ni siquiera entre ellos. La vida consistía en seguir adelante.

Salí de la casa de mi madre aturdida.

Entonces no lo sabía, pero aquel era el comienzo de una búsqueda que definiría la siguiente etapa de mi vida.

Resuelta a saber más, exploré en internet las bases de datos sobre el Holocausto, para ver si era capaz de encontrar un certi-

ficado de nacimiento o de defunción de mi hermana, pero fue en vano. Contraté a investigadores en Ucrania. Incluso contraté a un agente del FBI para que analizara las fotografías. Mis búsquedas fueron infructuosas. Hablaba con todas las personas que se me ocurría para ver lo que sabían y siempre obtenía la misma respuesta: «Mataron a tantas personas, a tantos bebés, ¿cómo vamos a recordar todos los nombres?».

Yo no quería todos los nombres. Quería el nombre de mi hermana.

De la persona más próxima a mí que fue asesinada en el Holocausto, mi media hermana, no tenía ni un solo detalle, ni un nombre, ni una fotografía ni un fragmento de recuerdo. Ahí estaba una niña, una entre al menos seis millones de judíos, una de casi un millón y medio de niños que fueron asesinados durante el Holocausto, y no había ninguna forma de recordar siquiera que esa niña había vivido.

¿Cómo recordar a alguien que no ha dejado rastro alguno?

La búsqueda me condujo a lugares que me permitieron comprender con más profundidad el Holocausto, y cómo este continuaba reverberando mucho después de la liberación y en las generaciones siguientes. En última instancia, fue una investigación que me llevó a explorar parajes de mi propio interior que me asustaban.

Se ha dicho que los judíos somos un pueblo ahistórico, más preocupado por la memoria que por la historia. Un hecho curioso: en la lengua hebrea no existe ninguna palabra que denote con precisión la historia. Los términos *zikaron* y *zakhor*, empleados en su lugar, significan «memoria» o «recuerdo». La palabra para *historia* en hebreo moderno está copiada del vocablo inglés, originalmente copiado a su vez del griego *historia*. La historia es pública. La memoria es personal. Consiste en relatos y experien-

cias seleccionadas. La historia es el final de algo. La memoria es el comienzo de algo.

«Los judíos tienen seis sentidos. Vista, oído, gusto, olfato, tacto... y memoria.» Así lo resumía mi hijo Jonathan en su novela de 2002 *Everything Is Illuminated (Todo está iluminado)*.\* «El judío se pincha con un alfiler y recuerda otros alfileres... Cuando un judío encuentra un alfiler, se pregunta: “¿A qué me recuerda?”.»

El análisis de esta intersección de la historia y la memoria puede antojarse una abstracción, una cuestión meramente lingüística, pero para mí es algo muy real. He pasado gran parte de mi vida tratando de excavar los recuerdos que me esquivan.

Sobre la repisa de la chimenea de mi salón se expone una naturaleza muerta de tarros de cristal. Quien visitase ocasionalmente mi casa podría pensar que he creado un santuario de tierra y escombros, y no iría muy descaminado. Dentro de cada tarro cuidadosamente etiquetado guardo un trozo de memoria: un pedazo de tierra de mi *shtetl*\*\* en Kolki, mi pueblo en Ucrania; arenisca de la gigantesca roca Uluru en Australia Central; restos del Muro de Berlín, y escombros del gueto de Varsovia. En cierta ocasión, en un viaje a Sardes, en Turquía, advertí que se había desprendido un trozo del suelo de mosaico de mármol de una antigua sinagoga, e introduje discretamente un fragmento de azulejo en mi bolso aprovechando un descuido de mi marido. Pese a sus frecuentes exhortaciones para que, por favor, no me lleve clandestinamente esas ruinas hurtadas, y menos aún cruce

\* Editada en castellano en Barcelona, Lumen, 2002. La novela de Jonathan Safran Foer, en la que este cuenta su viaje al pueblo oriundo de su familia en Ucrania para buscar a la mujer que aparece en una fotografía junto a su abuelo fue, además, trasladada al cine por Liev Schreiber con el mismo título en 2005. [N. del T.]

\*\* Villa o pueblo con numerosa población judía. [N. del T.]

las fronteras internacionales con ellas, mi marido Bert sabe que es imposible conseguir que las respete. Soy una coleccionista agresiva, una mujer con una misión, que anda por ahí metiendo trozos de historia personal en bolsas de plástico con cierre de cremallera.

Mi casa está repleta de memoria. Los veintiún tarros de mi salón forman parte de una colección más numerosa que se extiende hasta mi cocina, en cuyos alféizares hay cerca de cuarenta más.

Esta obsesión circula por mi familia. Quién sabe si será genética. Por inverosímil que suene, el menor de mis tres hijos, Joshua, fue el ganador del Campeonato de Memoria de Estados Unidos en 2006. Escribió un libro sobre ese asunto: *Moonwalking with Einstein: The Art and Science of Remembering Everything* (*Los desafíos de la memoria*). Frank, mi primogénito, escritor e historiador, participó en Kiev, Ucrania, nuestra patria ancestral, en una conferencia titulada: «¿Puede la memoria salvarnos de la historia? ¿Puede la historia salvarnos de la memoria?». A finales de la década de 1990, Jonathan, el segundo de mis hijos, logró arrancar las palabras «¡menuda mierda!» de boca de los inspectores de incendios que realizaban una visita rutinaria a su residencia de estudiantes de Princeton, donde descubrieron, junto con los habituales riesgos de incendios colegiales por los cables eléctricos enmarañados y la iluminación hecha por ellos mismos, una colección de bolsas de plástico con cierre de cremallera cuidadosamente clavadas en hileras en su pared: sus propios receptáculos de la memoria.

Incluso cuando yace sepultada en un tarro, la memoria es tangible, a la par que mudable. Los recuerdos no son estáticos; cambian con el tiempo, a veces hasta tal punto que solo guardan una ligera semejanza con lo acontecido en realidad.

Aun así, yo siento una gran responsabilidad de mantener vivo el pasado.

«¿Cómo sabré quiénes son esas personas?», me preguntó un día mi nieta mayor, Sadie, cuando estábamos sentadas en el despacho de mi casa, rebotante de fotografías, documentos y mapas, algunos pulcramente organizados en cajas etiquetadas y otros en pilas repartidas por toda la habitación.

La pregunta de Sadie me atormenta. No me he molestado en identificar a las personas de estas fotografías, porque yo sé quiénes son. Curiosamente, mi madre dedicó su tiempo a etiquetar y clasificar todas sus fotos; no solo las viejas, sino incluso las de sus hijos, nietos y bisnietos.

La pregunta de Sadie me animó a dejar de lado todas mis demás obligaciones para ocuparme de mi enorme y desordenado archivo. En esas cajas abarrotadas reside la mayor parte de lo que se conoce del pasado de mi familia. Las fotos son todo lo que queda de parientes muertos hace mucho tiempo, sin descendientes directos que puedan contar sus historias ni tan siquiera recordar sus nombres. No son simples fotos de los asesinados en el Holocausto, sino también de familiares en Estados Unidos, como la de mi pequeño primo Mark, cuyos abuelos y padres nos acogieron cuando llegamos a Washington en 1949, después de casi tres años en un campamento de desplazados en Alemania. Mark, hijo y nieto único, murió poco después de que le hiciesen esa fotografía, tras una amigdalectomía rutinaria cuando tenía cuatro años, tan solo unos meses antes de nuestra llegada a Estados Unidos. Dejamos atrás las privaciones del campamento de desplazados y los horrores de la guerra para aterrizar en el velatorio de esa otra tragedia silenciosa. Ahora que sus padres también se han marchado, me corresponde a mí mantener viva la memoria de esa criatura menuda.

Quienes me conocen piensan que soy una mujer feliz con una sonrisa fácil, y en efecto lo soy. Pero, al mismo tiempo, mi alegría está oscurecida por las sombras del pasado. En los rincones más sombríos de mi mente habitan los fantasmas que me visitan desde los *shtetls* de Ucrania, esos pueblos donde en tiempos vivieron mis familiares y donde la mayoría de ellos murieron. Algunos de los detalles que tornan tan vívidas estas visiones son imaginados, porque crecí en una familia en la que los recuerdos eran demasiado terribles para plasmarse en palabras.

Mis padres, Ethel Bronstein y Louis Safran, fueron los únicos miembros de sus grandes familias que sobrevivieron al Holocausto. Mi madre pasó la guerra huyendo. No sé cómo sobrevivió mi padre, aunque sabemos que lo escondió una familia al menos durante una parte de ella. Sus padres, hermanos, sobrinos, tíos y primos fueron todos asesinados. No soy capaz de usar el eufemismo habitual, *perecieron*.

Los hijos pueden derribar muros y abrir puertas para sus padres. Eso fue justamente lo que hizo la primera novela de Jonathan, basada en un viaje a Europa antes de su último año de universidad. Jonathan estaba buscando un tema para su tesis de grado y yo le insté a visitar el *shtetl* llamado Trochenbrod, en Ucrania, de donde pensaba que provenía mi padre. Antes de su partida hacia Europa aquel verano de 1998, le entregué cuarenta copias de una fotografía muy deteriorada en blanco y negro de cuatro personas (mi padre, un hombre mayor y dos mujeres), las personas que mi madre pensaba que lo habían escondido en su casa durante parte de la guerra. Tenía la esperanza de que Jonathan encontrase a la familia que proporcionó refugio a mi padre.

Jonathan no encontró nada. A falta de datos, pasó el resto del verano escribiendo una obra de ficción basada muy libremente en los pocos detalles que conocíamos de nuestra historia familiar.



La novela abrió puertas que rellenaron en mi vida muchos de los agujeros más importantes de la memoria, toda vez que la ficción generaba misteriosamente hechos.

En la novela de Jonathan, el autoproclamado protagonista, cuyo nombre es también Jonathan Safran Foer, está en busca de una persona llamada Augustine, que se cree que ha escondido al abuelo ficticio de Jonathan. Se trata de ficción sobre posibles hechos recubiertos con más ficción. Es un cubo de Rubik deslumbrante y juguetero en un libro que da un vuelco a nuestra historia familiar y me deja, incluso a mí, un poco confusa. Es ficción, sí, pero Jonathan ha tocado aquí inconscientemente un nervio. Los recuerdos profundamente enterrados de mi familia, su tendencia a guardar silencio, tendrían sus propias repercusiones trágicas. Jonathan escribe acerca de un suicidio que recuerda a otro acaecido en nuestra propia familia, algo de lo que él no era consciente en el momento en que escribió el libro.

La publicación del libro y la película subsiguiente despertaron un nuevo interés por los *shtetls* de los que provenía nuestra familia y abrieron la puerta a nuevas informaciones procedentes de diversas fuentes. Mi propia obsesión creció en consonancia. Empecé a investigar en sitios web dedicados a la genealogía y a recoger nuevas pistas durante mis viajes a Brasil y a Israel.

Eso era todo cuanto podía hacer a distancia. Como el personaje de la novela de Jonathan, me pertreché de mapas y fotografías y acabé tomando un vuelo de Lufthansa a Ucrania en 2009. Llevaba conmigo, por supuesto, un suministro de bolsas de plástico con cierre de cremallera.

Me proponía encontrar a la familia que había escondido a mi padre durante la guerra y ver qué podía descubrir sobre la hermana a quien no había llegado a conocer. Me proponía encontrar un *shtetl* que, a decir de todos, ya no existía. Me proponía investigar sobre mi padre. Me proponía averiguar algo sobre mi hermana. Me proponía hacer saber a mis antepasados que no los he olvidado. Que seguimos aquí.